

# CABO CAÑAVERAL

JON AGIRIANO



**E**n las últimas semanas, influido por este inquietante ambiente de cuenta atrás para el que, ahora lo sé, debí prepararme a conciencia con unos días de vacaciones en Cabo Cañaveral, he hecho varias veces una extraña prueba memorística relativa a San Mamés. He dejado que mis recuerdos sobre La Catedral fluyan libremente, torrenciales, hasta que sólo quede uno de ellos, o unos pocos relacionados, que serían los más puros y resistentes a la criba de la memoria. Y el resultado siempre es el mismo. Lo que más recuerdo es la sensación de lejanía, misterio y atracción que me producía San Mamés cuando era niño.

Hablo de finales de los sesenta y principios de los setenta. Y hablo de uno de esos niños de pueblo que sólo venían a Bilbao si tenían que ir a la consulta de algún médico y regresaban a casa inevitablemente mareados por el humo de una ciudad negra e inhóspita. El campo del Athletic era para nosotros un lugar mítico sobre el que no dejábamos de fabular. Entonces era fácil hacerlo. Para empezar, porque la televisión apenas transmitía dos o tres partidos al año desde San Mamés, de manera que teníamos una

idea muy aproximada e infantil de cómo era el estadio. Tanto que, cuando por fin pude asistir a un partido en La Catedral –tendría yo seis o siete años y me invitó un vecino amigo de mis padres, Unai Bilbao–, lo que más me sorprendió es que el campo tuviera color y no fuese en blanco y negro, como yo lo había visto siempre.

No recuerdo cuánto tiempo tardé en volver a San Mamés, pero seguro que fueron dos o tres años. Porque ya digo que para muchos de nosotros el campo del Athletic estaba lejos, no sólo físicamente. En aquel tiempo no era fácil asistir a un partido de los rojiblancos si no eras socio y ese privilegio lo tenían contadísimos niños en mi pueblo. Recuerdo lo que me impresionaban aquellos viejos carnets del Athletic, elegantes como lo sería el pasaporte de Victor Laszlo en ‘Casablanca’, nada que ver con las actuales tarjetas de crédito. Hubiera sido feliz con uno de ellos. Y no con uno cualquiera, sino con uno en el que se me viera con una foto de recién nacido y el boina de la puerta de San Mamés no pudiera reconocerse en ella pero tuviera que dejarme pasar ante esa demostración de abolengo.

Los pocos partidos a los que

podías asistir eran un acontecimiento. Era tal mi ilusión cuando surgía esa posibilidad que la noche anterior ya dormía mal y me pasaba toda la mañana del domingo yendo de un lado para otro, y en misa no me enteraba de la misa la media porque ya estaba soñando con goles y jugadas portentosas, con ver al Chopo vestido de negro, a Fidel Uriarte saliendo al abordaje o a Txetxu Rojo dejando gotas de perfume en la banda izquierda. Volvamos a Cabo Cañaveral. En aquellos momentos, yo era un astronauta antes de partir a un viaje espacial. La comida era inevitablemente apresurada. De haber existido entonces, le hubiera pedido a mi madre que para esos días grandes tuvieras previstas unas barritas energéticas. Luego venía la expedición propiamente dicha: el camino hasta la estación de Plentzia, el viaje en tren, la parada en Deusto y, a partir de ahí, el trayecto hasta el campo cruzando el puente y luego el parque de Doña Casilda. Eso, unas veces. Otras el viaje era en coche, que solíamos aparcar en Zorrozaurre para luego pasar todos en gasolino a Olabeaga y subir desde allí a San Mamés.

Una vez en la grada, me enorgullecía comenzar a reconocer la atmósfera reinan-

te, ese aroma inconfundible a hierba mojada y humo de habanos de San Mamés. Y eso que una vez estuve a punto de entregar a los dioses rojiblancos mi alma inocente tras consumir pasivamente, hasta la vitola, el ‘Lusitania’ de Partagás que encendió a mi lado, coincidiendo con el pitido inicial, un señor muy circunspecto. Dejando a un lado estas vicisitudes, lo cierto es que todo en San Mamés me parecía un prodigio. Reconozco que estaba tan atento a lo que me rodeaba como a lo que sucedía en el terreno de juego. Y no se trata de que el fútbol y el resultado no me interesaran. En absoluto. Lo que ocurría es que para un niño el verdadero espectáculo estaba en las gradas, en las reacciones del público, en los comentarios de la gente, en aquellos juramentos que escuchabas por primera vez, en la familiaridad extraordinaria con la que algunos trataban a los jugadores, hasta el punto de que los más vehementes eran incluso capaces de insultarlos... Todavía siento el influjo mágico de aquellos días de hace cuarenta años, cuando San Mamés era un planeta en el cielo y yo, un pequeño astronauta feliz que aterrizaba en él cuando buenamente podía. Nunca lo olvidaré.



**"Desde 1953 en Bizkaia, al servicio de la construcción"**

**FERRALLA INTEGRAL** : Suministro, diseño, elaboración y montaje de armaduras de acero corrugado para estructuras de hormigón en obra civil y edificación



Nuevo puente sobre la Bahía de Cadiz



San Mamés Barria



Nueva sede BBVA, Las Tablas-Madrid

## HIJOS DE LORENZO SANCHO, S. A.

**Administración:** Alameda Urquijo, 63. 48010 BILBAO. Tfno.: 94 421 88 20. Fax: 94 444 70 07

**Almacén/Comercial:** B° San Juan, 14. 48140 IGORRE. Tfno.: 94 631 56 88. Fax: 94 631 92 27

Apartado de Correos 774. 48080 BILBAO

www.hierrossancho.com • info@hierrossancho.com

